

En el mar de Isadora, todos somos movimiento

Karla Burbano

Había preparado un pequeño escrito, pero los acontecimientos ocurridos en los últimos días llegaron a mi vida para darle un vuelco, no solo al texto, que también soy yo, sino a mi propio sentir, a la interpretación con la que miro el mundo.

He comenzado a pensar que la obra de arte, en todas sus formas, guarda un estrecho vínculo con la naturaleza; la experiencia que tenemos de ambas son, por mucho, similares. ¿Acaso no sucede que nos quedamos sin aliento, pasmadas y en silencio absoluto frente a una obra específica? ¿Esto no ocurre también cuando nos vemos frente a la inmensidad de la naturaleza?

En cualquiera de sus elementos y múltiples formas nos asombra, nos invita al silencio, no para callar de forma consciente, sino porque nos enmudece. En definitiva: nos invita a demorarnos en ella.

El tiempo que transcurre en esa experiencia no es el mismo tiempo con el que contamos las horas; no estoy segura de lo que sucede, pareciera que la línea temporal se flexibiliza, se acorta, se suspende, haciendo sentir lo de ayer tan cercano en la piel como lo de hoy. Ahí, no hay juicio, sino más bien algo parecido a la comprensión, aunque al principio no se pueda ver con claridad.

Fue así como logré entender la rebeldía que quemaba en el pecho y en los pies de Isadora. ¿Cómo unos pies tan deseosos de arena de mar pueden permanecer tanto tiempo dentro de unas zapatillas de ballet? En aquella época, donde el ballet estaba en pleno auge y furor, dejar de lado las zapatillas, el tutú y el pelo recogido, por el movimiento natural y orgánico de los brazos que van al ritmo del vaivén de las olas, era sin duda un acto de rebeldía impresionante.

Es cierto que ser mujer no se puede ocultar ni en el rincón más privado de la vida, pero ser una mujer rebelde es indiscutiblemente el acto político más fundamental que garantiza su aparición en el mundo, un segundo nacimiento –como lo diría

Hannah Arendt-. Aparecer en el mundo para transformarlo, para poner algo nuevo, que comience a dialogar con las miradas expectantes, deseosas de comprensión, pareciera ser la acción más liberadora a la que nos convoca, sin duda, mujeres como Isadora Duncan.

Sin siluetas talladas, con pies desnudos, cabellera despeinada, y grandes vestidos o túnicas, aparecía Duncan en los escenarios, presentando obras que derrumbaban por completo, por un lado, un único ideal de belleza corporal femenina, y por otro, abrían paso a una nueva corriente de danza, una nueva manera de moverse, de hablar.

Es precisamente ese movimiento natural, desestructurado, impulsado desde del alma, desde la cotidianidad, lo que dio inicio a un nuevo sistema de pensamiento, que luego de la Primera Guerra Mundial, nos daría la oportunidad de preguntarnos hasta dónde serían capaces de llegar las acciones humanas, qué consecuencias habría, cómo se moverían ahora todos los cuerpos con la huella de la guerra aún latente.

Esa sensación de guerra ha logrado mantenerse a pesar de los años, se nos hace tan familiar, que es muy difícil vivir sin miedo, sin sobresaltos repentinos, sin sentir que en cualquier mínimo instante pudiera estallar la humanidad entera. Y es justo en ese momento, donde el movimiento vuelve a ubicarse en el centro de la vida, la danza, en su lenguaje, comienza a dar respuestas a nuestra incertidumbre, no para doparnos, sino para comprender la complejidad de la vida misma.

La comprensión de la danza es una experiencia artística completamente dialéctica, porque así como el espectador queda inmerso, movido y conmovido por aquello que ve, la misma danza como obra, es obra de arte viva, compuesta por cuerpos y almas que se transforman de principio a fin.

La lenguaje que inició con Isadora cuenta con una premisa fundamental que sigue vigente: cada uno se mueve desde su propia singularidad, con sus rasgos y formas de sentir, sin embargo, el movimiento en sí mismo nos une, nos habla de quiénes somos, como seres integrados y conectados a pesar de nuestras realidades particulares, llena de dolores, risas, amores y llanto.

Tengo algo en común con Isadora, y no es algo que sea solamente mío, pero cuando quiero buscar dentro, puedo escuchar las olas del mar, y mientras más hondo voy en la búsqueda, más ruidoso y profundo es ese océano. Ya no hay manera que vea diferencia entre una cosa y otra: estar frente al mar es, sin duda, una experiencia artística, Isadora y el mar se unieron para invitarnos al movimiento.

Mayo, 2021